ORÍGEN DE LA PLAZA "PADRE BILLINI"

Eliseo Grullón

Interesante en extremo sería indagar la historia escrita en las páginas de piedra de los monumentos y edificios particulares de la antigua ciudad, trazada a cordel por orden del comendador D. Nicolás de Ovando a principios del siglo diez y seis en la orilla occidental del río Ozama.

¿Qué dicen al cronista, cazador de episodios y rebuscador de cosas arcanas, esas monótonas hileras de piedras, colocadas unas tras otras con las cuentas de un rosario, con sus ventanas de rejas, sus puertas macizas y estrechas, sin solución de continuidad, sin adornos ni variación apreciable en la disposición interior de los edificios? Y esos pozos tan hondos excavados en la roca a fuerza de vidas de indígenas —que dan vértigos a quienes se asoman a sus brocales, ¿no cuentan nada a los hurgadores de la verdad histórica y de la vida de los primitivos pobladores de la ciudad primada?

Y, sin embargo, es un hecho que con sólo enumerar los nombres de los hidalgos a que pertenecieron las casas solariegas de nuestras calles o que transitoriamente las ocuparon, pudiera escribirse la historia de la conquista y colonización de un continente. ¡Cuántos sucesos vinculados en las hojas de ese libro de piedra, esculpido en la roca virgen de un mundo nuevo!

Antigua edificación de los Franco de Medina, que se alza en el cuadrilátero de la Plazoleta "Padre Billini", en frente a la desaparecida casa que menciona este artículo.

En una modesta casa de la calle de Santa Bárbara nace el héroe máximo, el prócer fundador, que no fue apto para la guerra, más no por eso dejó de exponer cien veces la vida en pugna con el procónsul haitiano que le hostigaba y ansiaba su muerte para matar en él la República en cierne, la que se albergaba en la mente del proscripto mucho antes de encarnar en la realidad histórica del 27 de febrero de 1844.

En otra mansión de la cuesta de Atarazana santificada por la presencia de aquel patriota inmaculado, se fue lentamente acumulando detrás de estrecho mostrador el rescate de nuestra redención política, la dote de las hermanas del prócer, puesto generosamente por Duarte a disposición de la patria, para realizar su delirio *de* Independencia.

Si tales monumentos hablasen, ¡cuántas páginas patéticas y conmovedoras no nos relatarían!

En la intersección de las calles Hostos y Santo Tomas, esquina frente a la morada de D. Manuel Pina, está la humilde mansión que fue de Doña Francisca López, viuda de la Concha y sus hijos los próceres Jacinto y Tomás, la que merece se le venere como un panteón: allí estuvo largos meses oculto el prócer perseguido Francisco del Rosarlo Sánchez, cuando se propagara la noticia de su muerte y en las escuelitas de la ciudad se rezaba a diario "un padre nuestro" por su alma, como obligada rúbrica del patriotismo...

Pues bien, de esa casa, modesta en apariencia, en donde hacían guardia por turno los patriotas y se conservaba la caja de metralla que se iba llenando lentamente para el gran día, salieron con Sánchez en la madrugada del 27 la mayor parte de los autores de este hecho portentoso: la emancipación social y política del pueblo dominicano y su separación de Haití, después de veintidós años de forzada comunidad, realizada al favor de la falta de población de la antigua posesión española.

En esa arca veneranda conservóse por mucho tiempo una reliquia de valor inestimable, el Manifiesto de los dominicanos, firmado —hecho único tal vez en la historia— con la sangre de cada uno de los conjurados y que el descuido de una señora indocta o desprevenida quemara con otros papeles, a tiempo que, expulsado por Santana, erraba su esposo por playas extranjeras a raíz de la independencia.

En la humilde morada de Doña Chepita Pérez, madre del prócer Juan Isidro, situada en la placeta del Carmen, inició Duarte, con peligro de su vida, a los primeros trinitarios en el nuevo evangelio de la Separación. ¿No constituyen estos hechos un título de gloriosa notorieriad para aquellos monumentos?

Razón sobrada tiene, pues, el Honorable Ayuntamiento de la ciudad primada al perpetuar por medio de lápidas conmemorativas esos sucesos trascendentales de la historia patria.

Y qué diremos de esa obscura mole de piedra, inconmovible e inmutable símbolo del pasado colonial, llamada "la casa del Almirante"? Todo cambia a su derredor; los edificios circunstantes se transforman: sólo ella permanece inalterable en la serenidad de su hosca y rígida belleza. ¿Cuándo será que se funde una sociedad arqueológica que utilice el hermoso local, instalando allí un Museo Nacional en que se recoja tanta riqueza dispersa como hay en nuestra tierra?

En el núcleo formado desde la Atarazana y la ría del Ozama hasta las calles de Las Damas, Regina, el Conde y las Mercedes, ¡quién (después del maestro en *Cosas Añejas*, Cesar N. Penson, tan a destiempo malogrado), quien pudiera penetrar la vida de esa sociedad colonial, mística y guerrera a la vez, que se concentraba *y* latía alrededor de la fortaleza y las iglesias y cuyas moradas señoriales ostentaban en el campo de sus fachadas los blasones esculpidos de la familia, como pudimos ver en la de los Caminero—Heredia, que los conservó hasta no ha mucho, situada al lado del palacio de los Capitanes generales, calle de las Mercedes? Por allí, no lejos de San Francisco, estuvieron la Casa de la Moneda y las oficinas de contratación y enganche para las expediciones de Costa firme.

Residencia que aún se mantiene frente a la casa desaparecida, en la que vivió el general Ferrand.

En el cuadrilátero que forma la plaza, antes llamada de San Juan de Dios, comprendida entre las calles Arzobispo Meriño y Padre Billini, al lado de la casa de "los Garay" que da frente a la "de Ferrand", hoy convertida en Casino de la Juventud, levantábase antaño una casa, no sabemos si bajo o de alto, como en todas las condiciones sociales, ya se albergue en pajiza choza o en dorado alcázar, el hombre, elemento social, es el mismo, con sus virtudes y sus pasiones, sus egoísmos y sus intolerancias, sucedió que un día los vecinos de la misma tuvieron una desavenencia con los vividores de la inmediata del frente, que pertenecía a la acaudalada familia de los Franco de Medina Un esclavo de ésta, al ver ordeñar una vaca en la calle, se expresó en términos irrespetuosos acerca de las formas de la señora de enfrente, deuda de los Garay. Estos, noticiados del desacato por otra esclava, quisieron comprar el siervo para castigar1e, a cuya pretensión negáronse los dueños.

De ahí un proceso que fue de larga duración, como solían serlo los de aquella época, cuando se ventilaban asuntos que atañían a la honra.

Saltó perdidoso el dueño de la casa desaparecida, el que, al ser notificado con la sentencia de desalojo, exhaló su despecho en acentos llenos de ira: "Donoso medio de adquirir bienes raíces! exclamaba, ¡Así es fácil hacerse rico cualquiera!"

Llevado el cuento a oídos del de Medina, el hidalgo no quiso conformarse con que su adversario y vecino hubiese dicho la verdad; y, con el propósito de darle un mentís, mandó arrasar la casa hasta sus fundamentos, diciendo a los que le rodeaban:

"No será para mí, ni para nadie, sino para todos!"

Y he ahí por qué ha desaparecido la casa que se alzaba en el cuadrilátero de la placeta Padre Billini, enfrente de la de los Franco de Medina, que es hoy de la sucesión de D. Damián Báez y conserva aún, como flor de arte, una preciosa ventana de ajimez de los tiempos pretéritos que la embellece.

En el centro de dicha plaza se yergue la estatua del filántropo dominicano, la que no existiría allí sin la irascibilidad pundonorosa y el espíritu justiciero de uno de los hidalgos, primitivos habitantes de esta ciudad.